



La primera etapa del plan de lucha introdujo originales técnicas de propaganda gremial. Pero todos están inquietos por la segunda etapa.

## CGT Todavía puede haber solución

El viernes a la noche, el primer piso de la Casa de Gobierno —donde está ubicada la Sala de Periodistas— presentaba inesperadamente la misma imagen física que se ofrecía en la época de los planteos militares. Quizá en el momento en que el movimiento de periodistas era más intenso, la expresión de un funcionario de la secretaría de Prensa —"parece que llegamos a Dallas"— colocaba el matiz dramático en el ambiente. Indudablemente, las derivaciones del conflicto entre la CGT y el gobierno habían devuelto a los ambientes oficiales, casi sorpresivamente, un clima de tensa expectativa.

### La guerra y la paz

Durante mucho tiempo, la Confederación General del Trabajo, a través de sus directivos, había insistido en que el plan de lucha se desarrollaría pacíficamente en todas sus etapas, incluyendo la ocupación de las fábricas. Esa evolución de los hechos parecía, al menos, posible. Los memorándums de los servicios de informaciones de las mismas Fuerzas Armadas no preveían graves alteraciones del orden, y un informe del ministerio de Trabajo —que llegó a manos del presidente a principios de la semana pasada— vacilaba que la tensión social creada por el plan de lucha comenzaría a diluirse antes de alcanzar su temido punto explosivo: la ocupación de las fábricas.

Las Fuerzas Armadas, simultáneamente, inconscientes de que el orden público no sería gravemente alterado,

se mantenían en la disposición de no intervenir en las tareas represivas; no podían arriesgarse a ningún grado de deterioro cuando todo indicaba que algunos previsibles episodios aislados podrían ser resueltos sin dificultad por las fuerzas policiales.

Lo que nadie había calculado es que los grupos comunistas, por una parte, y los nazis de Tacuara, por la otra, aprovecharían la oportunidad que les brindaba el plan de lucha para, encaramándose en los acontecimientos, dirigir a balazos sus cuestiones.

Los acontecimientos de Rosario —que habían producido tres muertos hasta el cierre de esta edición— introduciendo, indudablemente, nuevos aspectos en la situación, La Confederación General del Trabajo insiste en que el panorama deducible de los hechos de Rosario no puede aplicarse al resto del país. Los dramáticos acontecimientos que se registran en esa ciudad —dicen— no pueden extenderse a otros lados donde existe disciplina gremial y la CGT controla la situación desde las mismas bases gremiales.

### Precauciones

A fines de semana, el jefe nacional de Tacuara, Alberto Ezcurre, solicitó una entrevista personal al secretario general de la CGT, José Alonso. Alonso se negó a recibirlo y le hizo transmitir que si Tacuara intentaba seguir infiltrándose en el problema gremial, la central obrera contaba con fuerzas suficientes como para barrerlos del mapa. En cuanto a los comunistas, los gremios adheridos a la CGT están suficientemente alertados y se disponen a marginarlos —si llega el caso, energicamente— de toda posibilidad de interferencia. La CGT tomaba así sus precauciones para que los grupos extremistas no pudieran operar a través del plan de lucha.

Sin embargo, esas precauciones no despejaban una inquietante incógnita: si algunos episodios no permitirán, en

determinado momento, retomar la iniciativa a elementos extremistas. Algunos observadores admitían como posible la siguiente secuencia: los obreros ocupan las fábricas; la policía se dispone a desalojarlos; los obreros acatan y se disponen a retirarse; en esa etapa reaparecen nazis y comunistas y aprovechan para recrear el clima de violencia. En ese caso, por supuesto, la evolución prevista para la situación cambiaría radicalmente.

Los más prudentes entienden que lo preferible es un acuerdo entre las partes que evite que el plan de lucha sea llevado a sus extremos. Pero el gobierno intentaba, hasta la semana pasada, contener a la Confederación General del Trabajo por una curiosa aplicación de la metodología radical del Pueblo: contestar indirectamente y en forma tangencial a las demandas. Alonso dijo: "Quieren rodearnos. Es infantil". Así se sucedieron los discursos del ministro del Interior, Juan Palmero, diciendo que el Congreso considerará la derogación de la legislación represiva y que el peronismo tendrá acceso a la legalidad, y el mensaje del ministro de Economía, Eugenio Blanco, asegurando que las realizaciones y proyectos del gobierno permitirán una solución de los problemas sociales.

Lo cierto es que los directivos de la CGT no se manifestaron conformes con esas respuestas indirectas. Y el jueves 27, la declaración del subsecretario de Defensa, Hernán Cortés, pasaba a incorporarse como nuevo ingrediente a la situación. A partir de entonces, la CGT resolvió desconfiar decididamente de todas las afirmaciones que no fueran declaraciones oficiales del propio presidente de la República.

### Dos invitaciones

Entretanto, las gestiones oficiosas de mediadores, realizadas con el objeto de que la CGT levantara el plan de lucha —o al menos suspendiera su última etapa—, continuaban. También proseguían las gestiones oficiosas de altos funcionarios del gobierno: el jueves, el secretario de la central obrera recibía una invitación telefónica del ministro del Interior para concertar una entrevista. La respuesta de Alonso fue negativa, luego de consultar al doctor Palmero si se trataba de una invitación oficial para alguna propuesta concreta. El ministro dijo que no, que se trataba de considerar informalmente la situación. Alonso señaló entonces que no tenía sentido, en ese momento, una simple conversación, si no se llevaban a esa conversación elementos nuevos que permitieran una evaluación de los hechos, y que asistiría solamente si mediaba una invitación oficial para dos entrevistas de la CGT con el doctor Palmero y el presidente de la República. La novedad se dio a conocer en la Casa de Gobierno y en la central obrera, y se informó que la CGT aceptaba. No hay agenda previa para las conferencias, pero la posibilidad de una solución volvía a tomar cuerpo.

## Terroristas Cuando los hijos normales son asesinos

La reacción ante las primeras noticias fue idéntica: estupor e incredulidad en el hogar de un parsimonioso dirigente de la UCRP, en Bell Ville, casi en el centro geográfico de la Argentina; en el despacho de un alto funcionario de una compañía de seguros, en Córdoba; en la casa de un viejo y honorable jubilado del Banco Nación, en Buenos Aires.

Los hechos desencadenantes ocurrieron en el lapso de unos pocos días y casi una veintena de hogares muy similares, desparramados en todo el país, recibieron la descarga y enmudecieron. Los periodistas no han podido todavía, muchos días después, arrancar declaración alguna a ninguno de los padres. En rigor, ellos no parecen escuchar las preguntas; quedaron fijadas a la primera noticia: "Su hijo fue arrestado por terrorismo"; "Se le secuestraron armas y explosivos"; "Su hijo es un asesino".

Durante las últimas semanas, dos campamentos de jóvenes comunistas que intentaban organizar guerrillas al estilo castrista fueron descubiertos en Talahuasi, cerca de Villa Carlos Paz, Córdoba, y en un paraje salvaje, cerca de Orán. Casi simultáneamente, y pocas horas después de un cruento tiroteo entre comunistas y derechistas en Rosario, un afiliado de Tacuara, distraído de carterero, golpeaba a la puerta del joven dirigente izquierdista Raúl Alterman, en el barrio del Once, en Buenos Aires. Cuando Alterman acudió, recibió cuatro balazos y cayó muerto.

De entonces a ahora, un ejército de gendarmes, policías, periodistas, agentes de los servicios secretos y preocupados observadores extranjeros se ha lanzado a demenzar las entrañas de lo que parece ser una ola de furiosa violencia.

Mientras el público recibe todos los días un cúmulo de nuevos detalles, los encargados de "hacer la inteligencia"

de la información, según la larga especialización, prometen ahora atrazar un esquema más profundo: el se asista en la Argentina a algo más que a un esporádico brote de histerismo juvenil; parece indispensable conocer íntimamente, ubicar y cercar, desde el comienzo, a los sectores más expuestos a la contaminación. Con esta óptica, los expertos analizan ahora los parentescos psicológicos y las constantes sociológicas más que las eventuales discrepancias políticas entre los protagonistas.

Las edades de los aspirantes a guerrilleros y de los acusados por el asesinato de Alterman oscilan entre los 17 y los 30 años.

En su mayoría se trata de universitarios medianamente bien conceptuados por compañeros y profesores. Algunos, una minoría, son obreros (Rosario Argüello, de Córdoba, metalúrgico, de 23 años) o empleados (Wenceslao Benítez Araujo, 20 años, empleado de la sección Descuentos del Banco de la Nación, en Buenos Aires, acusado por el asesinato de Alterman), pero, aun en estos casos, el nivel cultural y social es comparable al de los universitarios. Algunos (por lo menos el taquiasta Ángel de Ella Cavanagh, 23 años, hijo de un estanciero santafesino, también implicado en el caso Alterman, y el comunista Delfor Ray, 23 años, hijo de un respetado dirigente de la UCRP de Bell Ville, provincia de Córdoba) pueden ser lires y llamadamente clasificados como "clase alta".

Todos los muchachos proceden de hogares normales y sedentes, muy "estilo clase media". Sus hábitos de vida son también parecidos: lecturas intensas, poco cine y casi nada de televisión, escasas amistades fuera del círculo de los camaradas (curiosamente, comunistas y taquiastas son en la Argentina los únicos grupos políticos que utilizan esta denominación para referirse a los adeptos), ausencia de aventuras amorosas conocidas, observancia de la militancia partidaria, a las "lecturas serias", a las "cosas serias". Los taquiastas son profundamente religiosos, todos católicos; los castristas son grandes devoradores de literatura filosófica y política.

Dentro de sus respectivas posiciones políticas, casi todos concuerdan en un matiz: ser miembros de minorías aun dentro de sus propios partidos, pertenecer a grupos sectos de tales grupos, días de la ortodoxia partidaria. Delfor Ray, por ejemplo, perteneciente de casta defendido en Delta había sido expulsado de la Juventud Comunista de Córdoba, por su virulenta oposición a lo que consideraba "actitud contemplativa" del partido Comunista argentino; él, por cierto, se inclinaba en favor de la línea marcada por Pékín. En Córdoba, Gustavo Roca, hijo de Delfor Roca, uno de los líderes de la Reforma Universitaria de 1918, tomó a su cargo la defensa de algunos de los castristas detenidos. El abogado Roca cuenta con un alto prestigio profesional en el foro cordobés.

En Buenos Aires, en cambio, un oscuro y nervioso abogado de 37 años, Corvaldo Nelo Tieghi, era hasta la pasada semana el único defensor nombrado por Tacuara para los implicados en el caso Alterman. Si se concreta su intervención, Nelo Tieghi obtendrá honorarios que fija el juez "porque —explicó— yo no soy nacionalista ni miembro de Tacuara y, además, tengo que vivir". Nelo Tieghi vio allí ante los periodistas y mordisqueó otra vez sus uñas, ya increíblemente cortas. "Si, en Tacuara no todos estaban de acuerdo en que fuera necesario asesinar a Alterman —dijo por fin—, mis defendidos son los chachos normales. No, todavía son mucho de la madre de Manilla (uno de los estudiantes taquiastas detenidos) en su casa. El padre está muy enfermo. Ella es joven todavía, morocha, tiene 48 años; no creo que su hijo sea culpable. No, no recuerdo si la casa es de uno o dos pisos. Son muchachos normales, le voy a decir".

En la pasada semana, mientras unos cuantos muchachos normales de izquierda y de derecha esperaban ser juzgados, en Córdoba, en Salta, en Buenos Aires, padres y maestros, compañeros de estudios y de trabajo seguían preguntándose, obstinadamente, que habían olvidado, qué habían ignorado, cuál era el remoto indicio que habían dejado escapar en alguna escena de los años de convivencia. "Porque yo no lo entiendo. Porque estas cosas no suceden, porque estas cosas no pueden suceder", dijo a su abogado la todavía joven madre del estudiante Manilla. ♦



Siete de los castristas detenidos en Salta. Son grandes devoradores de literatura filosófica y política.